Seis Días

NÚRIA CORBELLA

Duriï

A todas aquellas personas
que me han acompañado en este viaje
y a las que estáis a punto de hacerlo.

Este libro es ficción,
cualquier parecido con la realidad
es pura coincidencia o fruto del azar.
Además, tiene banda sonora.



Escúchame

Escanea el QR con la aplicación de *Spotify*

Miércoles, 16 de junio de 2021

Me despierto sobresaltado justo en el momento en que las ruedas del tren de aterrizaje chocan contra el asfalto de la pista. Han sido veintiséis horas de vuelo interminables. El primer trayecto ha sido de Brisbane a Singapore. Allí he realizado una parada de cuatro horas para hacer cambio de avión. El segundo trayecto me ha conducido de forma directa a Barcelona.

No he conseguido pegar ojo durante la primera parte del vuelo. Mi cabeza no para de darle vueltas a lo mismo una y otra vez. He conectado los auriculares al móvil en cuanto me he sentado en el asiento para intentar distraerme con la nueva *playlist* que tenía preparada en *Spotify*. Aun así, no he podido desconectar de mis pensamientos ni un segundo.

El continuo lloro de un recién nacido que iba con su madre en la fila de enfrente y el grupo de estudiantes que viajaban unos asientos más a la izquierda, tampoco me han ayudado en mi intento por coger el sueño. El segundo vuelo tampoco empezaba con demasiadas perspectivas de poder dormirme. He tenido que aguantar unas cuantas horas de conversación de la mujer que tenía sentada a mi lado. Me hablaba con entusiasmo sobre sus planes de viajar y ver mundo ahora que se había jubilado. A pesar de los ronquidos del hombre de negocios que ocupaba el siguiente asiento, finalmente he sucumbido a Morfeo. He caído en un profundo sueño que hacía unas cuantas noches que se me resistía.

Barcelona amanece con unas pocas nubes teñidas en tonos rosados. La temperatura se me antoja agradable al bajar del avión y subir al bus que me acerca a la terminal. Decido coger un taxi hasta mi hotel. Voy bastante cargado entre la maleta, la mochila y mi guitarra, a pesar de los pocos días que tengo previsto pasar en la ciudad. Teniendo en cuenta que el verano está a punto de llegar al hemisferio norte y que dispondré de suficiente tiempo libre, he cogido todo lo indispensable para disfrutar de la playa. Llevo bastante ropa de entreno para poder seguir con la rutina que me ha preparado Jake, mi entrenador personal. En pocas semanas empiezo un nuevo rodaje y debo estar preparado para las escenas de acción.

Sí, soy actor, pero también músico. Bueno, en esto último todavía me estoy formando. Empecé a tocar la guitarra hace ya unos cuantos años, poco antes de empezar mi carrera como actor. En los últimos dos años,

he producido algunos vídeos musicales para jóvenes grupos australianos, pero nunca me había atrevido a mostrar a nadie mi propio trabajo. Eso cambió hace unos meses, cuando mandé una maqueta a varios festivales de verano, entre ellos el *Barcelona Summer Festival*, con la idea de obtener un *feedback* profesional. Para mi sorpresa, me contactaron y me propusieron venir a Barcelona. Les ha gustado mi estilo, que, según ellos, encaja muy bien con la línea que pretende seguir el festival en las próximas ediciones. Así que, aquí estoy, en un taxi rumbo a mi hotel, muerto de nervios por la entrevista que tengo en un par de días.

— ¿Ha dicho usted el hotel Ona? —me interrumpe el taxista sacándome de mis pensamientos. Por suerte hablo algo de castellano gracias a un papel que estuve preparando hace tiempo, aunque mi acento *aussie* me delata.
— Sí, ese es —le contesto mientras asiente con la cabeza a modo de respuesta.

Miro por la ventana y me doy cuenta del bullicio de la ciudad. El tráfico se vuelve más denso a medida que nos alejamos del aeropuerto y entramos en el área metropolitana. Pese a la gran cantidad de vehículos que hay, nos desplazamos a una velocidad decente.

De la radio llegan unas notas musicales con ritmos flamencos, o eso me parece, y una voz masculina canta con aspereza a un amor perdido. El taxista golpetea suavemente el volante al ritmo de la melodía. Parece disfrutar del trayecto pese al tráfico y al sonido de los cláxones del resto de vehículos. Es como si no tuviera

prisa por llegar. Conduce en su mundo mientras tararea por lo bajo algunas de las frases de la canción. Al entrar en Plaza España, el ir y venir de viandantes es caótico. Tomamos una de las salidas en la rotonda y el taxista se adentra en una pequeña calle. El gentío y el tráfico desaparecen de golpe y, en un abrir y cerrar de ojos, me encuentro frente a la entrada del hotel.

El edificio es de principios del siglo XX. Pese a estar reformado, conserva algunas de las características que permiten identificarlo cómo unos de los edificios construidos durante el Pla Cerdà. Son inconfundibles sus mallorquinas y sus balcones con baranda de hierro cargados de motivos florales. Por dentro, sin embargo, los detalles modernos han ganado terreno, mezclándose con los elementos más clásicos. El ambiente en el hotel es juvenil, pese a que hay algunos hombres de negocios trajeados de pies a cabeza arrastrando sendos maletines de cuero. También se observa alguna familia disfrutando de unas vacaciones tempranas en la ciudad. Tras los trámites en recepción y un par de miraditas insinuantes del joven recepcionista teñido de rubio platino, consigo la llave y me dirijo al último piso.

Al entrar en la habitación me sorprende ver lo amplia que es. Dispone de un pequeño recibidor con un gran espejo colgado en la pared. El espacio se abre entonces a una estancia bastante grande que preside una cama de dos por dos a la que le acompañan unas pequeñas estanterías a ambos lados a modo de mesillas de noche. La cama no tiene cabecero. En su lugar, un gran dibujo en tonos pastel decora la pared, rompiendo el tono blanco que domina la habitación. Delante de la cama, se dispone una completa mesa de escritorio con

una bonita silla de madera tapizada. A un lado, está un mueble estantería en el que encuentro una cafetera de cápsulas y un hervidor de agua. Junto a ellos, hay un cesto con varias cápsulas de café, infusiones, azucarillos y un par de tazas de café de color amarillo. El gran televisor queda a la derecha del todo, colgado directamente de un soporte que sale de la pared. A la izquierda de la cama hay un armario empotrado, sin puertas, con varios estantes y perchas. La puerta del baño queda justo en una esquina y da acceso a un moderno espacio con una enorme bañera y un espacioso tocador con una gran pica.

Lo mejor de la habitación es la pequeña terraza con vistas a la ciudad en la que hay colocadas una pequeña mesa de madera con un par de sillas. Es el lugar perfecto para practicar con la guitarra las pocas canciones que he preparado para la entrevista.

El móvil suena en el bolsillo del pantalón. Es Peter, mi agente. Esta vez no ha podido acompañarme. Ha fichado a una nueva joven promesa, Stacey, y justo esta semana había conseguido apuntarla a unos cuantos *castings*.

— ¡Brodie! ¿Has llegado ya? ¿Qué tal el vuelo, *mate*?
— Sí, acabo de hacer el *check in* en el hotel.
— Genial. ¿Qué tienes pensado hacer esta mañana? Oye, siento mucho no haber podido ir contigo —se disculpa otra vez—. De verdad que me sabe mal, pero desdoblarme sigue sin ser mi superpoder. De todas formas, seguro que va todo genial. Tú relájate un par de días y disfruta de la ciudad. Y el viernes a por todas, ¿eh? ¡A por ellos!

— Tranquilo, que lo tengo controlado —le contesto sin creer mucho en mis palabras—. De todas maneras, es una primera toma de contacto, nada de qué preocuparse.
— Me alegra escucharte decir esto. Me vas contando, ¿vale? Te dejo que acaban de llamar a Stacey para la prueba.
— Adiós Peter, y deséale suerte a Stacey de mi parte —logro añadir antes de que este cuelgue su aparato.

Resisto la tentación de tumbarme a dormir un poco y me doy una ducha rápida. Solo son las diez de la mañana. Si quiero combatir el *jet lag*, más me vale aguantar despierto hasta la hora de cenar o no seré persona el resto de la semana. Escojo unos tejanos de un tono verde y corte militar, una camiseta blanca de algodón de cuello redondo y manga larga que me arremango casi a la altura de los codos y mis zapatillas *Converse* tipo *skater* negras.

Me acomodo el colgante por encima de la camiseta y me meto el móvil y la cartera en los bolsillos del pantalón. Me detengo delante del espejo del pequeño recibidor antes de salir. La ropa se ajusta ligeramente a las formas de mi cuerpo. Tras darme el visto bueno, bajo a recepción y pregunto al recepcionista por un buen sitio donde poder desayunar. Me indica que hay un horno cercano en el que, me asegura, tienen pastas artesanas y buen café.

Encuentro el horno enseguida. Es un pequeño local situado a pocos pasos del hotel. El olor a pastas recién horneadas me abre el estómago antes incluso de cruzar la puerta. El expositor está repleto de pasteles y pastas

de lo más diversas, algunas de las cuales no identifico. No he probado bocado desde la cena de ayer en el avión y mis tripas empiezan a quejarse. Me decido por un *croissant* con puntas y relleno de chocolate y un café con leche en el que, tras dar un primer sorbo, decido mojar el delicioso dulce para apaciguar el excesivo regusto amargo a café quemado.

Entendedme, no me considero un sibarita en cuanto al café, pero vengo de un país donde los baristas llevan existiendo desde hace décadas y en el que en cualquier horno, cafetería o restaurante puedes tomar un café más que decente con total seguridad. Tras el último sorbo, me digo a mí mismo que debo buscar en *Google* un listado de cafeterías donde el café sea su especialidad. Seguro que hay alguna por la zona.

Después de coger fuerzas, dirijo mis pasos hacia Montjuïc. Paso por al lado de las dos impresionantes torres que presiden la avenida y me encamino hacia el museo de arte contemporáneo. Sin darme cuenta, adapto el ritmo a la riada de turistas que van directos a mi mismo objetivo. Dejo atrás, primero, los grandes pabellones que se levantan a ambos lados del paseo y cruzo el paso de cebra hasta llegar a la fuente con sus cuatro columnas de estilo griego. Subo los tres amplios tramos de escaleras hasta llegar a las gradas que dan paso al museo. Me detengo allí un instante a observar la ciudad. El sol está cayendo con fuerza. Siento como una gota de sudor empieza a resbalar por mi frente. Me la seco e instantáneamente me hago una coleta rápida.

Me quedo absorto unos minutos hasta que una ligera brisa me ayuda a aliviar la sensación de calor. De fondo se oye la melodía de un músico callejero que

sopla a buen ritmo una trompeta y el ruido producido por el rumor de decenas de conversaciones en multitud de idiomas. El ajetreo de la ciudad se ve minúsculo desde aquí. Aunque se percibe, la sensación de calma se impone por encima del aparente caos provocado por el ir y venir de vehículos y transeúntes. Decido seguir mis pasos hasta llegar al Castillo y doy la vuelta a todo el antiguo complejo fortificado. Al cabo de un rato, me encuentro con una espectacular panorámica de la ciudad. El mar brilla a lo lejos bajo la luz del sol y los edificios se extienden hasta las dos montañas que delimitan Barcelona. La ciudad se muestra majestuosa. Me invade por un momento la añoranza de no poder compartir este momento con Claire y las niñas, pero la punzada de dolor vuelve al mismo tiempo y bloqueo ambas emociones.

De regreso al hotel me paro a comer. Consigo mesa en un pequeño restaurante que hace esquina y que tiene una decoración bastante particular. Está situado en la calle Blai. En su interior se mezclan todo tipo de elementos, como si los dueños hubiesen colocado sin orden alguno los recuerdos acumulados de toda una vida. Pido un plato de pasta con verduras y pollo y una cerveza bien fría. Esta tarde toca entreno y más me vale llegar con energía. Como despacio, disfrutando de la tranquilidad del momento, de encontrarme en una ciudad desconocida, pero que al mismo tiempo derrocha familiaridad. Me marcho dejando una pequeña propina a la dueña. La comida estaba deliciosa.

***

El gimnasio donde he quedado con Marc —el que va a ser mi entrenador durante los próximos días—, queda bastante cerca del hotel. Por suerte, no me costó mucho dar con un gimnasio donde pudiera entrenar con alguien que hablara algo de inglés, por si acaso.

Me sorprende ver que el *Gravity* se encuentra situado en la última planta de un pequeño centro comercial. Nada más llegar a recepción, una voz se dirige a mí.

— ¿Brodie? ¿Eres Brodie, verdad? —un chico rubio, con ojos castaño claro, me sonríe divertido al otro lado del mostrador. Lleva el pelo corto con flequillo peinado hacia un lado. Calculo que debe medir metro setenta y no debe llegar a los treinta años. Viste una camiseta negra con el logo del gimnasio, unos pantalones cortos del mismo color, zapatillas de entrenamiento de un color chillón y unos calcetines que le llegan hasta el gemelo.

— ¿Tanto se nota que no soy de aquí? —contesto mientras sonrío—. Supongo que eres Marc.

— Un poco... Y sí... Soy Marc —contesta a la vez que me guiña un ojo y se acerca para estrecharme la mano—. Encantado de conocerte. Ven, voy a hacerte un *tour* por el gimnasio antes de empezar con el entrenamiento.

Sigo a Marc de cerca mientras me muestra la sala de máquinas, las aulas donde se realizan las clases dirigidas, los vestuarios y la zona de aguas. Las instalaciones se ven bien cuidadas, modernas y la sala de máquinas parece muy completa. Sin embargo, lo que más me gusta del espacio, es la luz natural que entra por la parte lateral del techo que está parcialmente acristalado.

— Encima de nosotros, hay un enorme salón de eventos. Además, tenemos una pista de atletismo al aire libre que da la vuelta a todo el edificio —me aclara.

Asiento mientras mis ojos siguen analizando todo lo que me rodea. El gimnasio desprende un cierto aire pijo, por decirlo de algún modo. La mayoría de abonados van vestidos como si fueran a salir en una revista de moda, cosa que contrasta bastante con mis pantalones de chandal y mi vieja camiseta azul a la que hace años le corté las mangas. Diría, incluso, que algunos, lo que se dice sudar, sudan poco. Me siento observado a medida que avanzo por la sala detrás de Marc.

Vale, soy de un tamaño que no se puede decir europeo y sí, comparándome con la mayoría de hombres que hay aquí ahora mismo, parezco algo grande. Mido poco más de metro ochenta y tengo el típico cuerpo de surfista. Tantas horas surcando olas en el océano Pacífico desde bien pequeño, han definido la parte superior de mi cuerpo. Sobre todo mis brazos. Mis piernas también son fuertes y bastante desarrolladas. Siempre han sido así, pero nunca me he considerado un *«bicharraco»*. Todo lo contrario, mi pelo medio desaliñado y mi cara

de niño travieso siempre me han ayudado a no dar la impresión de ser un matón. El tono de mi piel —casi siempre bronceada— destaca con la del resto de usuarios y también con la de Marc, que luce un tono más claro. La verdad que a él, parece no importarle en absoluto.

Marc se pone manos a la obra conmigo. Me ha preparado una tabla de entrenamiento bien completa. Me facilita una pulsera que me permite acceder al recinto cuando a mí me venga bien y me comenta que puedo entrar a todas las instalaciones y a las clases dirigidas de forma ilimitada.

— Por si te apetece hacer un poco de cardio... —me dice a la vez que me da un *planning* con las diferentes actividades disponibles.

La siguiente hora y media me la paso sudando. Marc se ha aplicado a fondo. Es amable, aunque es bastante estricto y serio a la hora de entrenar —cosa que me gusta—. Los últimos diez minutos de sesión los sufro especialmente. Ha sido un entreno excepcional donde todo mi cuerpo se ha visto implicado en series cortas a máxima intensidad. He realizado un poco de cinta y algunos ejercicios en los que hemos trabajado el equilibrio y la flexibilidad. Estoy terminando la última serie de abdominales oblicuas cuando, al incorporarme, veo que Marc desvía la vista un momento.

Durante todo el tiempo que llevamos entrenando y mientras hemos realizado la visita guiada, no ha parado de devolver el saludo a todos los usuarios. Ha respondido amable a las chicas que se le han ido acercando para consultar dudas sobre los ejercicios que

estaban haciendo o para pedirle puntualmente que las ayudara con alguna máquina. Es un hombre apuesto con un cuerpo fuerte y definido. Se nota que atrae por la gran cantidad de fans que lo rondan en todo momento. De pronto, su sonrisa se torna diferente. Más sincera y natural. No puedo evitar seguir la dirección que han tomado sus ojos. Una chica con una amplia sonrisa se encuentra al fondo de la sala. Nuestras miradas se cruzan tan solo un segundo. Es el tiempo suficiente para que mi corazón dé un vuelco y deje de latir por un momento...

— ¿Brodie? ¡Eh, Brodie! —Marc chasquea los dedos intentando llamar mi atención. ¿Qué acaba de pasar? Le hago un gesto con la cabeza para que vea que sigo allí, con él. Se ríe y me dice...

— Venga, vamos a estirar y por hoy ya estamos. Ha sido un buen entreno. ¿A qué me dijiste que te dedicabas? Eres surfista, ¿verdad?

— Sí, me estoy preparando para una competición que tengo en unas pocas semanas —miento.

Me giro de nuevo mientras Marc empieza con los estiramientos. La busco entre la gente, pero ella ya no está. Ha desaparecido.

Me ducho en el gimnasio y antes de salir quedo con Marc para continuar con el entrenamiento la tarde siguiente. Estoy molido, así que me voy directo al hotel. Decido pedir algo para cenar al servicio de habitaciones. Tras la cena, cojo la guitarra, salgo a la terraza y repaso algunos acordes. Me pongo a ello, pero enseguida se me atascan los dedos. Lo vuelvo a intentar. No me concentro.

Mierda, tengo la entrevista en dos días y no soy capaz de tocar unos simples acordes. Dejo la guitarra encima de la mesa y me acomodo al respaldo de la pequeña silla de madera. Y pienso en ella, en Claire y en lo que pasó hace apenas unos días...

***